

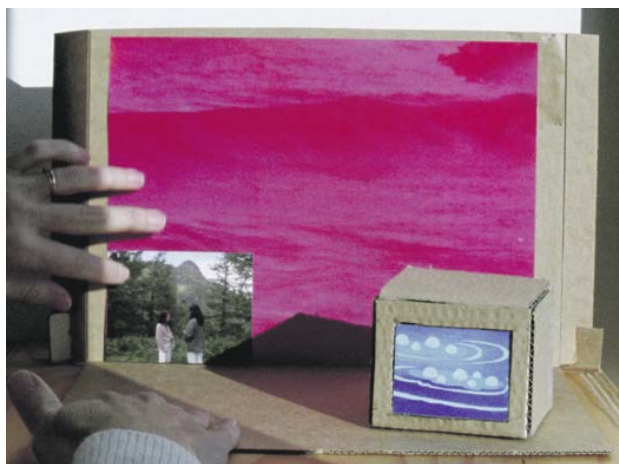
Laia Lertxundi

La materia de la imagen

La Taller, hasta el 6 de mayo

Jaime Cuenca

ÚLTIMAMENTE me ha sucedido ya en dos ocasiones. Al preguntarle a alguien por el periodo de confinamiento severo que marcó el inicio de la pandemia, hace ahora dos años, he recibido como respuesta la confesión de que, en realidad, aquello no se recuerda con demasiada exactitud. Resulta extraño, si pensamos en las experiencias por completo inéditas que nos deparó. Pero es también muy comprensible, por otro lado: precisamente por esa excepcionalidad, aquel tiempo se nos queda flotando en la memoria, sin referencias que lo anclen ni lo pauten. Los días de confinamiento, todos iguales entre sí, se nos colapsan hasta convertirse en una masa amorfa de limitadas rutinas. Entre ellas primaba una: el consumo de imágenes digitales en movimiento. Un gran número de instituciones y particulares se conjuraron para proveernos de contenidos a través de las varias pantallas de cada hogar. Pese a las diferencias en el acceso –gratuito o de pago– y en el contenido –yoga, cocina, conciertos, películas, pilates, conferencias–, emergió un frente multiforme que iba de PornHub al Prado y luchaba contra el aburrimiento a través de la provisión de contenidos *online* que eran, sobre todo, videos. En pocos días, el paradigma Netflix demostró su potencia para informar al mundo entero del consumo audiovisual. La imagen digital en movimiento mostró hasta el extremo su capacidad para adaptarse al instante a los ritmos del deseo, para replicarse –de un modo viral o fantasmático– en millones de pantallas a un



Inner Outer Space se estrenó en el MoMA de Nueva York

tiempo; su inmunidad, en fin, a las fatigas de la materia y las inercias del espacio y del tiempo.

Con este contexto dialoga *Inner Outer Space* (2021), de Laia Lertxundi, que se muestra ahora en La Taller y se estrenó hace pocas semanas en el MoMA de Nueva York. La pieza está rodada en 16mm durante el confinamiento y en el tiempo posterior, y responde en parte a la frustración que experimentaba la artista al volver al País Vasco junto con su familia, tras una estancia prolongada en EE.UU. y verse confinada entre las cuatro paredes de un piso recién alquilado. La costa y los montes frondosos de su recuerdo estaban cerca y lejos a un tiempo,

inaccesibles a su pequeña hija, con quien hubiese querido apresurarse a compartírselos. Quizá eso ayudara también a que la niña comenzara a poder ver por entonces dibujos animados, aunque, al menos, algunos que le permitieran vislumbrar la naturaleza exterior que le estaba vedada: los de David el gnomo, por ejemplo. En la parte final de la película, dos mujeres parecen zambullirse en imágenes de la costa vasca y en los bucólicos escenarios de lagos y ríos de montaña que abundaban en aquella serie de dibujos animados. Cabría entender el título como un guiño a *Outer Space* (1999), del cineasta experimental austriaco Peter Tscherkassky. Al fin y

al cabo, el tópico del espacio doméstico como escenario de terror, con que trabaja Tscherkassky en su película, puede no hallarse tan lejano del nudo de tensiones y ansiedades que todos experimentamos durante el confinamiento entre las cuatro paredes de casa. Pero no es esa la atmósfera que irradian la pieza de Lertxundi; al contrario: la animan imágenes esperanzadas, que no nos encierran más en nuestros miedos, sino que pueden transformar cualquier límite en un umbral abierto, cualquier interior en un exterior. De hecho, ese paradójico “espacio exterior (del) interior” al que remite el título no es sino el espacio del cine, el de la imagen proyecta-



El cine de Laia Lertxundi transforma cualquier límite en un umbral abierto

da que atraviesa ilusoriamente cualquier pared. Este es el medio que reclama Laia Lertxundi, en su modalidad más analógica y material, y en eso sí se parece a Tscherkassky. En La Taller, la imagen de bordes borrosos y grano visible de un proyector de cine de 16mm traquetea con un ruido que nos sumerge en otra época. Dentro de la propia película, un teatrillo casero con improvisadas pantallas de cartón recalca también esta llamada de atención sobre las condiciones materiales de la imagen, precisamente donde –y cuando– estas se ignoraron más enfáticamente: en el *streaming* global del confinamiento. Hemos olvidado el cuidado por la materia de la imagen, que ese proyector pone en La Taller en primer plano: las partículas que se adhieren a la lente, la necesaria holgura del *loop*, las pequeñas imperfecciones que deja cada proyección –como un tórculo de luz– en el celuloide... Hay una gran belleza en esas resistencias que oponen a la imagen el tiempo y el espacio: habíamos olvidado que también las imágenes viven.

Helí García

La réplica

BilbaoArte, hasta el 29 de abril

J. C.

EL artista granadino Helí García presenta en BilbaoArte un proyecto expositivo que emana de su residencia artística del año pasado. En su centro, una cabaña. O, mejor, la réplica exacta, minuciosa, de lo que pretendía ser una cabaña sin serlo del todo. El artista se toma un trabajo muy considerable para reproducir hasta el mínimo detalle una construcción que fue un lugar privilegiado de juego en los veranos de su infancia. En vez

de usar materiales hallados (como hizo de niño) o conseguir siquiera unas tablas de las mismas dimensiones para luego ensamblarlas, Helí García parte de varios tableros de madera tratados industrialmente, los encola entre sí y luego los talla y los lija para conseguir el mismo aspecto que en la cabaña original. Todo este trabajo extra (innecesario, arbitrario incluso) ennoblecce el objeto mismo al que se dedica. Estamos habituados a ver cuidadas y exhaustivas réplicas de catedrales, de ciudades anti-

guas, de grandes galeones: iconos de la historia colectiva. Aquí, se dedica el mismo esfuerzo a un icono del recuerdo individual, como haciendo justicia a la cita de Rilke que sentenció que la infancia es nuestra verdadera patria. Por el camino –como sabían los alquimistas y los carbonarios–, el trabajo crucial es el que el artista hace sobre sí mismo, para acabar ofreciendo una tensa formulación de las paradojas del paso del tiempo en nuestra vida y su poso en la memoria.

El trabajo crucial del artista es sobre sí mismo

